



Juan José Mendoza
Los archivos_ Papeles para la nación
 Buenos Aires
 Eduvim
 2019
 285 páginas

Por una Historia de las textualidades desde la era digital: *Los archivos_ Papeles para la nación* de Juan José Mendoza

Fernanda Mugica¹

El siglo XXI nos coloca frente al desafío de pensar las transformaciones que Internet y las nuevas tecnologías de la información habilitan respecto de nuestros modos de lectura y escritura. Y con ellos, nos interpela sobre nuestras formas de vincularnos con el pasado, con la tradición, con la literatura y con la historia. En *Los Archivos_ Papeles para la nación*, Juan José Mendoza viene a poner sobre la mesa una serie de interrogantes que orbitan sobre la cuestión archivística, pero no se limita a la mera concreción de un “archivo sobre el archivo”: se constituye como guía en un territorio de difícil acceso, abre posibles entradas de lectura, y lleva adelante –minuciosamente– otras. Se trata de un libro en el que las preguntas y las ideas abundan. Si este “universo de

interrogantes” –así lo llama Roger Chartier en la contratapa– no contara con un índice razonado, además de un índice de nombres, o si un lector obsesivamente curioso no se dedicara a subrayarlo, a querer guardarlo todo, o a digitalizarlo para luego poder buscar entre sus hojas, muchas cosas quedarían –por su complejidad– libradas a la frágil memoria humana. Pero es esa complejidad la que viene a resaltar Mendoza: la de un presente en que todo se vuelve “a un mismo tiempo disponible e ilegible” (90), en que lo digital ofrece cada vez mayores posibilidades de archivo, pero no siempre criterios, ni certezas respecto de si negarse a la cruzada archivística no es unas de las posibles formas de resistencia hoy.

Publicado por Eduvim en 2019, este libro –que, según el autor, nace de un

¹ Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata y Becaria de investigación de

Tipo A en la misma institución. Mail de contacto: fernanda.mugica@gmail.com

comentario de Germán García sobre Hugo Ball que inspira la completa idea— está organizado en tres grandes partes. El índice, con sus secciones y tipografías diversas, con sus tamaños de letras también variables, sirve como punto de anclaje dentro de una serie de textos que va cobrando una forma atípica. Con sus modos de organizarse y sus interconexiones, *Los archivos* se presenta como un organismo vivo, que respira y se despliega a su manera, quizás para decir que “el caos es un orden que no podemos entender” (174), pero sí podemos observar, para indagar y cuestionarnos las propuestas simplificadoras. Ya desde sus once epígrafes y su doble introducción — que reflexiona sobre la cuestión archivos y sobre las políticas que desde la Segunda Guerra Mundial se instituyeron como banco de pruebas para el nacimiento de Internet— Juan José Mendoza recorre una materia compleja y oscilante. Entre la pulsión archivística y el temor al exceso, entre “atesorar celosamente o dar a conocer sin más” (90), entre la construcción de un archivo y su contracara que es la destrucción, entre la necesidad de políticas de resguardo por parte del Estado y la posibilidad de resistirse a las fuerzas archivadoras de una tecnología que todo lo iguala, entre esos flancos se mueve la investigación de Juan José Mendoza. Desde allí, con una mirada al mismo tiempo abarcadora y detallista, indaga sobre las nuevas preguntas que debemos hacerle al archivo y sobre los modos en que han cambiado nuestros vínculos con el saber, la literatura y la historia.

En la primera parte, “La edad de los archivos”, Juan José Mendoza se detiene en la relación directa entre Internet —su pulsión archivística— y la destrucción y las pérdidas que acecharon al siglo XX.

Ernst Jünger es presentado como un coleccionista, que en su *Diario de Guerra (1914-1918)* crea un archivo de “restos mínimos de la vida entre los escombros” (31). Quemados de libros, bombardeos, incendios, saqueos y monumentos históricos derrumbados: desde Hugo Ball, Kurt Vonnegut, Ennio Flaiano, hasta Saad Eskander —director de la Biblioteca Nacional de Irak— Mendoza realiza un recorrido por escrituras y producciones diversas, que dejan en evidencia los modos en que la destrucción y la ruina convergen con el deseo de archivar. Inmediatamente surge —en esta primera parte— la pregunta por los países latinoamericanos: ¿existen programas nacionales o regionales de digitalización propios o sólo rigen “la cultura de la inercia y la desidia archivística” (49)? Mendoza dialoga con Horacio González sobre la necesidad o no de esas políticas, en un mundo en el que — con la llegada de Google, y tal como Borges lo vaticinó— los nuevos tiempos han traído nuevas enciclopedias y, con ellas, nuevas formas de ordenar el mundo.

En “Internet, capital del Siglo XXI” —otro de los capítulos de la primera parte— la voz de Juan José Mendoza cobra un tono por momentos poético, o quizás el objeto que lo convoca —con sus infraestructuras de red y sus cableados de fibra óptica— innegablemente lo sea. Aquí, Mendoza se enfoca en la materialidad de Internet, esta nueva “exposición universal” cuya capital simbólica y desterritorializada es la globalización. Eso le permite pensar en el exceso de representación que pesa sobre nuestro tiempo, analizar producciones de artistas que cuestionan esa sobrerrepresentación, y plantearse la pregunta de si no serán los datos, los mapas, los archivos, los nuevos géneros de nuestra era. En un mundo en que los

centros de datos constituyen parte de la fisonomía material de Internet y en donde todo tiende a ser cartografiado, sólo nos queda *estar en parte* –dice– “algo de nosotros también estará buceando por un cable o dando vueltas como un paramecio en el arrabal de un *data center*. Peces y crustáceos seguirán con su trabajo de peces, comiendo cables y saboreando luz” (60). En el apartado “Spam”, y en relación con el cambio de nuestra mirada, Mendoza se pregunta no sólo por los nuevos géneros de la era digital, sino también por las transformaciones que operan sobre lo subjetivo y sobre los nuevos objetos. Se trata de sujetos en constante movimiento, de miradas cambiantes y capaces de ver muchas cosas a la vez, que quizás tengan nuevas preguntas para hacerle al archivo, o –siguiendo a Steyerl– estén buscando mantenerse a salvo de los aparatos de captura y acopio que propicia lo digital. Respecto de los objetos, dice Mendoza, quizás estén formando un nuevo campo, signado por el *sampleo* y el *acopio*. En este sentido, el propio libro se constituye como un objeto repleto de información, de referencias, de datos, de links a producciones de artistas y mucho que *googlear*. Pero no se limita sólo a eso.

“Papeles para la nación”, la segunda parte –que además da título al libro–, comienza con una serie de diálogos, de correspondencias, entre el pasado –con sus escenas históricas y literarias– y nuestro presente. Mendoza lee a Esteban Echeverría, a Mariano Moreno, como “inauguradores de una discursividad que todavía gravita sobre nosotros” (70), para preguntarse qué es lo que la literatura puede conocer y qué es lo que los archivos pueden transportar. Discursos como los de Moreno o Echeverría –dice Mendoza– siguen viajando hasta nuestros días a

través de la memoria literaria. Otro tipo de correspondencias, en la apertura incierta de ese término, se darán entre los numerosos manuscritos de escritores latinoamericanos que habitan el Archivo de la *Firestone Library* en Princeton. Mendoza visita ese archivo, y nos cuenta las historias de muchas de sus adquisiciones. Los papeles de Cortázar, los diarios de Pizarnik, las “Cartas a Beba” de Perlongher, los cuadernos que Néstor Sánchez escribía y abandonaba, la mano de Piglia en esa universidad: amistades y redes de relaciones en su mayoría *pre-digitales* que se entretajan en el libro para contar una historia que es, en palabras del autor, “una historia latina construida como un *collage* desde los Estados Unidos” (78). La relación que los archivos establecen con la geografía –los largos recorridos de los papeles de Saer, por ejemplo– o los diversos modos que los escritores tienen de vincularse con la materialidad –Macedonio no creía en una materialidad de la escritura, entonces ¿para qué conservar? – son sólo algunas de las cuestiones que interesan a Juan José Mendoza. Las correspondencias entre Alberto Manguel y Manuel Mujica Lainez, entre Victoria Ocampo y Ezequiel Martínez Estrada, lo llevan a indagar singularidades –desde dónde se escriben las cartas, qué motivan las conexiones: preguntas quizás no tan habituales en tiempos dedicados a las meras “correlaciones” de la ingeniería de datos.

Las cuatro entrevistas que también conforman esta segunda parte terminan de configurar un panorama en que textos, autores, personajes y archivos van interconectándose de formas cada vez más certeras. En “Pop en blanco & negro”, Mendoza dialoga con Roland Shakespear, diseñador de la primera señalización

urbana de Buenos Aires y creador de *Caras y Caritas*, una colección de fotos encomendada por la Editorial Jorge Álvarez. Se trata de un archivo fotográfico que viene de los años 60 y viaja de lo analógico a lo digital, para volver ahora – dice Shakespear– al formato impreso. El catálogo de la Editorial Jorge Álvarez también se pone en foco en la siguiente entrevista, en diálogo con el propio editor. El rol de Rodolfo Walsh y de Pirí Lugones, las publicaciones y la censura, son algunos de los temas que se tratan en esta conversación sobre un catálogo inconcebible hoy como totalidad, sólo rastreable en archivos y colecciones dispersas. Un catálogo que –dice Mendoza– nos muestra “de qué cosas están hechos los libros y con qué masas viscosas están amasadas las materias siempre huidizas de la literatura y la historia” (126).

Precisamente sobre esa materia volverá Claudio Golonbek, en la tercera entrevista de este apartado. Coleccionista y bibliófilo, nos habla sobre la necesidad de una “conciencia documental” que trabaje contra la “desidia archivística”. De allí, linkea con las universidades norteamericanas que compran colecciones y no lo hacen solamente desde una voluntad de preservación. La era digital ha cambiado también nuestra percepción del mundo analógico, por eso a Golonbek le interesa pensar en esos “objetos concretos” que hoy se disputan en MercadoLibre o eBay, “las nuevas arenas de lucha en las que se libra el duelo con los restos materiales del tiempo” (140). La pregunta por la revalorización del archivo en su dimensión material, en tiempos de fugas y desprendimientos de acervos bibliográficos importantes, también surge en este diálogo y se constituye como uno

de los temas centrales que atraviesa el libro de Mendoza.

Por último, encontramos la entrevista a Isaías Lerner y Lía Schwartz, una pareja de filólogos graduados en la UBA, que se exiliaron a Estados Unidos en el 66 y allí dieron clases en diferentes universidades. Además de recuerdos sobre sus tiempos de estudiantes –Isaías postergó su graduación para poder tomar el primer curso de Borges– nos hablan de una concepción de la filología como algo no fijo, dado que el mundo cambia y con él las formas de leer, pero, aun así –afirman– “los cambios sin memoria están destinados al fracaso” (168). Este apartado se complementa con una serie de reflexiones sobre los modos de organizar y disponer los libros a lo largo del tiempo, y sobre las librerías de usados y la llegada a ellas de bibliotecas de escritores cuando mueren. Mendoza encuentra en el “uso” de esas librerías de *usados* una proyección del término que podría abarcar los diversos modos de filiación, de aparición de unos textos en otros, que constituyen inevitablemente toda escritura.

En la tercera y última parte nos encontramos con una reflexión específica sobre los archivos en tanto género. Mendoza incorpora conversaciones, recuerdos y –con soltura bibliográfica– profundiza en nuestros modos de leer, escribir y archivar en la era digital. Con Roger Chartier, dialoga sobre los nuevos órdenes textuales y sobre las mutaciones que las técnicas digitales introdujeron en relación con los conceptos de autoría y de propiedad literaria. El historiador francés afirma que el texto nunca es estable, ni en términos de literalidad ni de materialidad, y analiza el presente en términos de una “continuidad textual” que dificulta la percepción de las obras en su coherencia e

identidad. Con esto en mente, y respecto de los modos de leer, Mendoza toma la idea de “operacionalizar”, de Franco Moretti, y se pregunta qué hacer con la literatura y con la crítica, si aplicar variables cuantitativas produce o no nuevos objetos, si el enfoque histórico provee un marco de inteligibilidad o si Internet no estará ocupando de algún modo el lugar que en el pasado correspondió a lo literario. En ese caso, ¿cómo podemos leer la web?, ¿desde qué perspectivas teórico-críticas abordar esas nuevas textualidades que, en muchas ocasiones, derivan de fenómenos maquínicos y algorítmicos más que de sujetos?, ¿qué sobrevive de lo literario?, ¿estamos en un momento de renegociación de los sentidos que, desde la modernidad, lo envolvían?, ¿cómo establecer posibles recortes?, y ¿cómo pensar, en estos nuevos objetos, el funcionamiento de la tradición literaria? Ante estas preguntas, Mendoza insiste sobre la necesidad de una “Historia de las textualidades”, capaz de observar en los textos “esos avatares a la vez perdurables y mutantes, físicos y materiales, imaginarios y virtuales que hacen a la cosa escrita, más allá de la cultura de los soportes o de los períodos históricos de los que se trate”. (221) También destaca, a partir de la lectura de Derrida, el poder fundamentalmente transformador del psicoanálisis respecto del archivo, en su trabajo con el corte entre palabra y discurso, pero ante todo en el trabajo con el punto y la memoria.

El lector como dj, el escritor como “operador textual” son algunas de las atribuciones posibles para quienes gestionan la abrumadora cantidad de lenguaje disponible en tiempos de Internet. En ocasiones, el algoritmo hace todo el trabajo, pero ¿quién maneja ese algoritmo?

Esa, entre otras preguntas al mismo tiempo desafiantes y esclarecedoras, resultan del diálogo de Mendoza con Néstor García Canclini. Su entrevista cierra el libro, junto con otras dos a Jorge Carrión y a Agustín Fernández Mallo. La de Carrión, sobre *Librerías* (2013), nos habla de un libro formado en parte por una colección propia y, otro poco, resultado de sus búsquedas de palabras como “librerías” en Google Books. Fernández Mallo, por su parte, propone un interesante concepto de “realismo complejo”, para pensar el repliegue de lo literario que suele primar en sus libros respecto de otros discursos. Frente a la pregunta por la historicidad, Fernández Mallo procura no negarla, sino organizarla bajo otro paradigma, en el que las identidades también son complejas y están atravesadas por una inmensidad de informaciones que hacen que la idea de autoría se diluya. Sus novelas, afirma el autor, tienen “un aire orgánico de ser vivo”, con sus defectos y virtudes.

También el libro de Mendoza tiene un aire orgánico, de ser vivo. Las referencias se cruzan y unos archivos se ligan –de formas directas o laterales– a otros. Ronald Shakespear diseña las tapas de los libros de la Editorial Jorge Álvarez; Cortázar se conecta con Sánchez, que –a su vez– está a favor de una historia de la literatura sin nombres como la que quería Borges, también mencionada por Isaías Lerner. La pregunta respecto de si una conciencia documental asumida por el Estado es una necesidad o si nuestra “desidia archivística” habla de un vitalismo, regresa en numerosos momentos en este libro, como en un organismo vivo en el que determinadas referencias hablan como síntomas. Todo queda delicadamente interconectado. Y al mismo tiempo, *Los archivos_Papeles*

para la nación posee algo de la belleza de un encuentro no necesariamente motivado: como si todo lo que Mendoza convoca confluyera aquí –en una reunión que atraviesa el tiempo– con la gran excusa de hablar de literatura.